

## De las cartas

*“Aún las palmeras son conmovidas por el amor natural. El macho siente un ardiente deseo por la hembra. Él se convulsiona con pasión cuando abraza a la hembra con su follaje. Pero si la hembra está lejos, toman las partes femeninas, las ponen en contacto con el macho y mediante ciertos trucos reavivan su pasión. Por eso, si no puedes venir a mi pronto, calma mi amor con un retrato y deja que una pintura o algo semejante me provea con una vista de tu imagen. Porque aún una sugestión es suficiente para llenar a aquellos que aman profundamente”.*

*Cartas éticas, rústicas y de amor.* Así se llama el primer libro, aunque muchos puedan sorprenderse, que en 1509 publicara Nicolás Copérnico y al que corresponde la cita anterior. En realidad Copérnico sólo fue el traductor de un oscuro poeta bizantino llamado Teofilactus Simocatta, pero lo que aquí importa son los motivos que llevaron a Copérnico a la publicación de dichas cartas. *“Todo lector, afirmaba, puede recoger lo que le sea más placentero de estas cartas, como si se tratara de un conjunto de flores en un jardín. Pero aún así Teofilactusha dispuesto tantas cosas de valor en todas ellas, que más que cartas parecen ser leyes y reglas para la conducción de la vida humana”.*

No es, por lo tanto, la primera vez que se piensa en la publicación de cartas como algo instructivo. Ambito particular de la experiencia humana, permitiendo una forma de trato que Rilke caracterizó como “una lejana cercanía”, se ha esperado de las cartas que pudieran lograr lo que otras formas hacían imposible. Mantener la comunicación donde las diferencias se hacen extremas e insalvables. Permitir la expresión de aquello que una mirada, un tono, un gesto o la mera presencia del interlocutor recluirían para siempre en el silencio. Se ha confiado que las cartas pudieran mediar confrontaciones filosóficas, políticas, religiosas; suspender la radical soledad de los individuos; suprimir la incompreensión que acecha cualquier forma de diálogo; evitar rupturas. En una palabra: obrar la magia de eliminación de las distancias.

Pero el otro polo de la cuestión fue igualmente percibido. Una lejana cercanía es a pesar de todo una cercanía lejana y entonces siempre ronda la sombra del encuentro; destinado a expurgar malos entendidos. Cada cierto tiempo los que mantienen el

diálogo epistolar deben encontrarse cara a cara para asegurarse que no todo ha sido una ilusión. Hay interpretaciones de los otros y -lo que es más problemático- de uno mismo que no pueden quedar limitadas a las palabras que se escriben. Nadie vió esto mejor que Kafka. En una carta a Milena escribió: “ *Ud. sabe perfectamente cómo odio las cartas. Toda la desgracia de mi vida -y con esto no quiero protestar sino hacer una constatación.instructiva- se origina, si se quiere, de las cartas o de la posibilidad de escribirlas. Los hombres no han podido casi nunca engañarme, pero las cartas siempre y en realidad no las de los extraños, sino las mías propias. Es en mi caso una desgracia especial de la que no quiero seguir hablando, pero al mismo tiempo una general. La gran posibilidad de escribir cartas debe -teóricamente visto- haber producido una destrucción de las almas en el mundo. Es en realidad un comercio con fantasmas y no sólo con el fantasma de a quién se dirige la carta, sino con el de uno mismo, el que se desarrolla para uno bajo la mano que escribe la carta o en una serie de cartas, donde una carta da mayor consistencia a la siguiente y la puede llamar como testigo. ¡Cómo puede uno llegar a pensar que los hombres puedan comunicarse mediante cartas! Uno puede pensar en una persona distante y puede tocar a una persona presente, todo lo demás va más allá de la capacidad humana. Escribir cartas significa desnudarse frente a los fantasmas, lo que ellos esperan deseosos”.*

Las cartas son instructivas pero quizás en un sentido distinto y más esencial que el que pretendía Copérnico. Son rastros de la inagotable confrontación con los otros y con nosotros mismos. Son signo al mismo tiempo del infinito anhelo de comunicación sin ninguna limitación y el amargo sabor del fracaso por el desencuentro.

A. L. S.